

RESEÑA

Gee, J.P. (2013).
*The Antieducation Era. Creating Smarter Students
through Digital Learning.*
Nueva York: Palgrave Macmillan.

Geraldo Flores

Pontificia Universidad Católica del Perú
flores.geraldo@pucp.pe

Para Gee, el espacio virtual constituye un dominio en el que se intercambian perspectivas e información, que permite replantear las propias creencias, valorar los aportes de cada uno de los integrantes de las comunidades sociales y lograr una interacción más horizontal en el campo del aprendizaje. A través de la tecnología –argumenta el autor– se han creado comunidades que resultan menos diferenciadoras entre expertos y aprendices. Estos espacios han permitido que el intercambio de información sea más fluido y que los integrantes se sientan partícipes y agentes de su propio aprendizaje y del logro de sus metas. En el presente libro, el tema de lo digital sirve de pretexto para reflexionar sobre los modos de conocer y de interactuar. El argumento que atraviesa el libro es que las instituciones educativas podrían beneficiarse si es que utilizan las formas de aprendizaje que se desarrollan en los espacios virtuales.

La educación es un proceso que, en la línea de lo propuesto por Vygotsky (citado por Daniels, 2003), se construye de manera colaborativa. Es decir, requiere de la intervención activa de un conjunto de individuos que están vinculados por el objetivo de aprender, y que se ayudan unos a otros mediante el andamiaje requerido para que el aprendiz ocasional mejore sus habilidades con la ayuda de un guía también circunstancial (Daniels, 2003; Santrock, 2006). Con ese marco, dialoga el lingüista Gee en este libro. En la primera parte, el autor plantea un análisis de las dificultades de aprendizaje, tanto de corte cognitivo como social, que generan que los seres humanos no puedan superar su «estupidez». Esta última es entendida como la falta de disposición para comprender y conocer las prácticas de individuos que provienen de grupos a los que no se pertenece, y como la intolerancia ante el cambio. En la segunda sección, propone un conjunto de soluciones para incentivar una práctica educativa colectiva centrada en el desarrollo de habilidades de acción y negociación al interior de un espacio de aprendizaje.

Para aclarar su perspectiva sobre la «estupidez», el autor cita la siguiente interrogante del libro *1984* de George Orwell: «¿Por qué usualmente los humanos creen en cosas que son manifiestamente falsas?». Profundiza en esta pregunta a través de la explicación de «la tendencia a la confirmación». Este es un mecanismo mental que filtra la información de tal manera que, luego de un selectivo proceso de atención, solo se almacenan en la memoria datos que están acordes con las propias creencias; y, a la vez, se descartan otros que cuestionan los valores personales. Esto se intensifica cuando entran en juego rasgos emocionales o creencias profundamente internalizadas. Según el autor, los problemas como la incomprensión para solidarizarse con la situación de las poblaciones en condiciones de vulnerabilidad, la falta de preocupación por la contaminación ambiental o el fundamentalismo de algunas perspectivas religiosas son producto de esta «tendencia a la confirmación», y generan visiones polarizadas. A partir de las mismas, se representa como «traidor» a aquel que esté en desacuerdo con las ideas del grupo. Es esta perspectiva intolerante –«estúpida» en palabras de Gee– la que se cuestiona de manera detallada en los capítulos de la primera sección del libro.

Una dificultad que Gee toma en cuenta para explicar la dificultad para comprender las prácticas sociales de los demás es la falta de criterio para evaluar las abstracciones que desarrollan los individuos. Ello se debe a que la validación clásica que evalúa la generalización (agrupamiento de objetos en categorías) no ha tomado en cuenta el contexto cultural para juzgar las capacidades cognitivas de los seres humanos. En su argumentación, el autor concluye que el proceso de abstraer una categoría es también contextual. Para ejemplificar el asunto, puede pensarse en la utilidad que se le asigna a una soga. Esta es tanto una herramienta de trabajo como un elemento recreativo, en el caso de los niños que la usan para jugar. En esa medida, pertenece a dos categorías distintas según el caso. La respuesta que un individuo ofrece sobre este elemento está basada en su propia experiencia sobre el uso. En ese sentido, Gee afirma que las categorías evaluadas por las pruebas de habilidad cognitiva están restringidas a un dominio que se plantea como abstracto y general. No obstante, también puede ser contextual, porque están vinculadas con el dominio de la escolarización formal, que constituye un contexto específico. De este modo, se plantea que nuestro entendimiento sobre las habilidades cognitivas de los seres humanos no debe restringirse a esta manera de entender la capacidad humana.

Asimismo, el autor enfatiza que nuestra perspectiva sobre los eventos está mediada por la experiencia previa, la forma de usar el lenguaje para representarla y los mecanismos de interacción social. En esa medida, para convencerse a ellas mismas y a otras de su perspectiva, las personas pueden enfatizar discursivamente algunos aspectos de la realidad convenientes para intereses concretos, y silenciar y/o minimizar otras partes de los sucesos. En cuanto a la receptividad con que se acepta la perspectiva de los demás, Gee identifica dos factores que regulan la interacción y la aceptación del otro: el estatus y la solidaridad de grupo. Ambos configuran las negociaciones que se establecen entre individuos y pueden depender del contexto; en otras palabras, dos personas pueden comportarse priorizando la jerarquía o bien la pertenencia a un grupo de acuerdo con el rol desempeñado, el ritual representado o las emociones involucradas en la situación. Esto va a constituir un factor a considerar en las comunidades de aprendizaje, porque lo que se debe incentivar es la capacidad de intercambiar información, de tal manera que no haya una separación entre un experto que informe y un aprendiz que solo sea un receptor pasivo de los datos.

Además, se evidencia en el texto la importancia de que los individuos sientan que contribuyen en la construcción del desarrollo de los grupos a los que pertenecen. El autor sostiene que es necesario que las personas perciban que pueden decidir y aportar al bienestar común, puesto que, en ámbitos como la democracia –por ejemplo–, esto incentivaría la participación y evitaría la sensación de que el sistema no resulta útil para resolver los problemas de la vida cotidiana¹. En esa línea, tomando en cuenta que la humanidad ha desarro-

1 En ese marco, investigadores como Rogoff (2003) o Valsiner (2000) coinciden en señalar la agencia de los individuos como un elemento indispensable para analizar

llado instituciones que se regulan con lineamientos procedimentales rígidos y que han sido creados con fines específicos, se establece un conflicto entre estos sistemas esquematizados y la posibilidad de decidir. Se cuestiona el «congelamiento» (estancamiento) de las ideas, generado en medio de estos dominios, y la consecuente falta de agencia. Esta crítica responde a que eso desalienta la creatividad y la participación social, con lo cual aumenta la desigualdad entre los que pueden ejercer poder y los que no.

Como parte de las dificultades para entender a los demás –analizadas y enumeradas por Gee– se mencionan dos patologías de los seres humanos: la búsqueda de historias que no sean falsables (es decir, que puedan ser asumidas como verdades) y la intención de separar entre los que son «como nosotros» y los que no. El ejemplo utilizado para explicar la primera es la creencia religiosa judeocristiana de que la Tierra tiene menos de 10.000 años de edad, idea basada en el cálculo bíblico de la antigüedad del planeta. Cuando se confronta a algunas personas que creen en esta versión de la historia con las evidencias geológicas, estas proponen que los datos científicos son una prueba divina para testear la fe. Este último pseudoargumento apunta a construir un relato no cuestionable y que no admite negociación. El autor plantea que los individuos construyen varios relatos de ese tipo, lo cual termina generando la imposibilidad de negociar perspectivas. En segundo lugar, la otra patología consiste en la construcción de una comunidad imaginada que excluye un «nosotros» de los «otros». Este tipo de pensamiento es la base de problemas como el odio, el desprecio, la codicia y la ambición, debido a que, además de generar discriminación, pueden ocasionar prácticas delictivas para favorecer a aquellos que son parte del grupo. En estos casos, se pierde de vista que estos grupos han sido construidos a partir de un imaginario, que los límites son difusos y que es prácticamente imposible establecer una separación por la multiplicidad de rasgos que comparte la humanidad.

En la línea de la complejidad del conocimiento, Gee aborda el tema de la necesidad de que los seres humanos conozcan sobre diversos temas, y propone que es necesario evitar una hiperespecialización que pierda de vista la imagen del conjunto. En concordancia con lo anterior, critica el aprendizaje y el trabajo de los expertos realizados en solitario. Asimismo, hace mención de

las prácticas culturales. Dentro de la propuesta de Valsiner, el proceso de valoración positiva o negativa del individuo sobre lo realizado por su propio grupo cultural va a implicar procesos de diálogo (prácticas discursivas) en los que se reproduzcan o reconfiguren las prácticas sociales (Fairclough, 1992). Valsiner (2000) propone que la cultura es un mediador semiótico que forma parte de las funciones psicológicas. Plantea esta visión sobre la agencia partiendo de la idea de un sujeto que enfrenta una situación dual: se sumerge en su contexto y, al mismo tiempo, se distancia de este porque es un agente activo. Esta distancia consiste en el posicionamiento del individuo respecto de las generalizaciones compartidas por su comunidad a partir de una evaluación del significado de esa idea común desde coordenadas temporales y espaciales que permitan validar o cuestionar lo colectivo.

lo que él denomina «grupos de uno», es decir, colectivos que actúan como si fuesen uno solo, sin mayor tolerancia y disposición a las opiniones o acciones de los demás. A partir de ello, resalta el papel del trabajo colectivo en el logro de objetivos comunes que eviten la «estupidez» o la mala indagación de temas específicos que se quieran abordar o conocer al interior de una comunidad. Para lograr un conocimiento que involucre varios campos académicos, se debe confiar en los saberes a los que uno mismo puede acceder, para lo cual es necesario dejar de concebir a los expertos como «sacerdotes» del conocimiento. En efecto, se puede construir el aprendizaje de manera colaborativa entre los que dominan el tema y los que manejan como aficionados los tópicos del área.

Luego de esta enumeración de dificultades, en la segunda parte del libro, se propone un conjunto de factores a tomar en cuenta para enfrentar los problemas descritos anteriormente. En primer lugar, el autor establece como punto de partida una perspectiva inclusiva que explore diversos tipos de intereses, no solo para que los individuos se especialicen en distintas áreas, sino para que puedan resolver la interrogante de cómo integrar sus diversos conocimientos para resolver problemas. Así, plantea que los centros de enseñanza formal no solo deberían estimular a los alumnos en distintos campos, sino también prepararlos para que cuenten con la disposición y las herramientas para aprender de otros, es decir, compañeros de clase, personal no docente, agentes externos a los ámbitos educativos formales, etc. En segunda instancia, reafirma su propuesta sobre el aprendizaje colaborativo y la ciencia; en otras palabras, propone que la teoría científica y el conocimiento sobre sus usos se pueden lograr a través del trabajo integrado de expertos y aficionados mediante grupos de interés. Por último, a partir de su preocupación por el hecho de que los individuos deben intervenir en la construcción de su propio desarrollo y aprendizaje, sostiene que estos tienen que desarrollar visiones éticas acerca de lo que es bueno, justo o necesario para ellos y los demás en distintos ámbitos: cotidianos, locales, nacionales o globales. Esta división se asemeja a los sistemas que Bronfenbrenner asume para analizar el desarrollo (1979)².

Para Gee, el objetivo de la escuela debe ser incentivar la iniciativa de los individuos para que planteen respuestas a formas de resolver las dificultades que enfrenta la sociedad. De este modo, nos plantea a los miembros de las distintas comunidades en las que se intercambia información el reto de pasar del rol de espectadores al de agentes del conocimiento y desarrollo. Esto puede lograrse mediante una interacción que asuma las diferencias como una oportunidad para aprender, y que valore la identidad propia y la de los demás. Las comunidades virtuales descritas por el autor se plantean como un ejemplo para lograr esa interacción más horizontal en el campo del aprendizaje; y, en un sentido más amplio, en la comprensión entre seres humanos. Lo digital debería

2 El planteamiento metodológico de Bronfenbrenner delimita el contexto mediante la especificación de dominios en los que se inscriben los eventos ocurridos a un individuo concreto: el microsistema, el mesosistema, el exosistema y el macrosistema.

ser asumido como una herramienta y, al mismo tiempo, como un arquetipo para abordar, incentivar y desarrollar el aprendizaje en los distintos espacios de interacción de los seres humanos, entre ellos, el campo de la escolarización formal. Tal como lo propone Gee, así como sucede en las comunidades virtuales, es necesario que aprendamos de los demás sin establecer la división entre expertos y aprendices, y que entendamos que se puede aportar a la solución de los problemas desde el conocimiento que cada uno maneja.

Referencias

- Bronfenbrenner, U. (1979). *La ecología del desarrollo humano. Cognición y desarrollo humano*. Barcelona: Paidós
- Daniels, H. (2003). *Vygotsky y la pedagogía*. Barcelona: Paidós.
- Fairclough, N. (1992). *Discourse and Social Change*. Londres: Polity Press.
- Rogoff, B. (2003). *The Culture Nature of Human Development*. Nueva York: Oxford University Press.
- Santrock, J. (2006). *Psicología de la educación*. México: McGraw Hill.
- Valsiner, J. (2000). *Culture and Human Development*. Oxford: SAGE.